

Selectividades

S. Álvaro

Miembro del MCEP

Parece admitido que la idea de selectividad se refiere tan sólo a las pruebas que los alumnos deben realizar para su ingreso en la Universidad una vez que finalizan el Curso de Orientación Universitaria (lo de orientación es un eufemismo, toda vez que no significa que pueda estudiar aquello para lo que se preparó). En mi opinión, éste es un error de interpretación, ya que se refiere a la selectividad por antonomasia. La selectividad se produce cada vez que el estudiante pasa de un nivel al siguiente en la «carrera» (de obstáculos, claro) que supone su formación desde que ingresa en el parvulario hasta que finaliza sus estudios universitarios.

Esta selectividad, tal y como la entiende la mayoría, no es más que la manifestación más hiriente de un fenómeno de depuración que continuamente sufren los estudiantes. Por citar otras, ahí está la diferente titulación que se obtiene al finalizar la EGB o la superación de los propios ciclos de la misma.

Cualquier persona que se detenga a observar el fenómeno en todo su proceso podrá caer fácilmente en la cuenta de que, por paradójico que parezca, la selección es tanto más eficaz cuanto antes se realice en la- secuencia temporal de la carrera. Un niño fracasado ya en el ciclo inicial o medio de la EGB lo será siempre en un porcentaje muy alto. Es mejor poner a cada uno en su sitio desde pequeñitos. Nadie se mesa los cabellos por esto.

Una vez fijado el término hay dos aspectos importantes a destacar en el fenómeno:

a) El criterio seguido para realizar la selección, ¿se ajusta a los criterios pedagógicos preconizados por los planificadores educativos?

b) ¿Cuál es el efecto que sobre nuestra sociedad produce esta selección?

Para contestar a la primera pregunta basta con una consulta a las últimas directrices fijadas en las reformas tanto de EGB como de EE.MM. Sobre el papel se propone primar la enseñanza activa sobre el aprendizaje pasivo, la investigación sobre la memoria, el respeto a la maduración sobre la acumulación de conocimientos. Por el contrario, las pruebas de acceso al siguiente nivel, especialmente el paso de la EGB al BUP y del COU a la Universidad, están basadas en un criterio memorístico y valoran, sobre cualquier otro concepto, los conocimientos del alumno aspirante, llegando, en el caso de la selectividad universitaria, a convertirse en una auténtica oposición, ya que no basta con superar la prueba, sino que además es necesario obtener una puntuación elevada para formar parte del número predeterminado de los elegidos.

No quiero pasar por alto otro caso de selectividad encubierta que ejemplifica a la perfección esta disparidad de criterios: el paso de los alumnos de EGB al BUP (de la FP hablaremos en otro momento). Hemos hablado antes de la obtención del Graduado Escolar como «**prueba de acceso**» (otro magnífico eufemismo) al BUP; sin embargo, es bien sabido que la obtención de dicho título no es, ni con mucho, una garantía de éxito en el nivel siguiente, sino que es en este momento donde se realiza la depuración más fuerte de todo el proceso. En varias ocasiones he participado en reuniones conjuntas de profesores de ambos niveles y la conversación siempre ha derivado -salvo honrosas excepciones- a

los mismos lugares comunes: los profesores de EGB alegan que los de EE.MM. tratan a los muchachos de 14 años como si fueran universitarios, sin considerar para nada su proceso evolutivo ni su madurez, y éstos se quejan de que aquéllos no les han enseñado nada a los alumnos y ellos se ven obligados a prepararlos para afrontar la selectividad, sin caer en la cuenta de que ellos mismos ya la están realizando.

Dado el estado actual de la cuestión, se puede afirmar que -en la mayoría de los casos- sólo aquellos estudiantes formados en un sistema memorístico y en el que se primen los conocimientos tienen ciertas posibilidades de acceso a los estudios superiores y, ¿por qué no decirlo?, hay que reconocer que esa práctica educativa siempre ha estado vinculada a los centros privados que, como empresa que son, deben vender éxito y lo hacen como nadie.

Esta última reflexión nos lleva a la segunda cuestión:

¿Cuál es el efecto social de esta selección? Si consideramos la falta de apoyo tanto moral como económico (no existe una auténtica enseñanza gratuita) que reciben por parte de sus familias los estudiantes de las clases sociales más desfavorecidas, debido a la escasa valoración de los aspectos culturales y a sus pocas esperanzas de amortizar la inversión (total, ¿para qué?, si luego también va a estar parado), no es difícil aventurar una respuesta: son precisamente los miembros de las clases sociales más desfavorecidas los que abandonan los estudios en mayor número ante los obstáculos que encuentran.

El resultado se puede constatar echando un vistazo a nuestra universidad actual. Dejando a un lado el manido «**desencanto**» y el proceso de democratización que se arguyen para mitigar la realidad, estamos ante una universidad inmovilista y pasiva que sólo ahora, casi por simpatía (en el sentido patológico del término) con la francesa, parece darse cuenta del proceso de depuración al que ha sido sometida. Demasiado tarde.